RAFAEL ALTAMIRA Y EL HISPANO-AMERICANISMO EN EL HORIZONTE HISTÓRICO

POR

VICENTE PALACIO ATARD

La Emancipación de las repúblicas hispanoamericanas en el primer cuarto del s. XIX no había producido en España la honda conmoción social y el examen de conciencia colectivo que produjo el Desastre de 1898. La Emancipación de la América virreinal quedó envuelta inicialmente en los acontecimientos de la lucha del pueblo español por la independencia nacional contra la invasión napoleónica, y seguidamente se involucró como un episodio fatal en la confrontación del liberalismo contra el Antiguo Régimen.

En los países continentales que habían alcanzado su independencia del domino español, la resaca de la Emancipación se prologó largos años, dando lugar a una hostilidad intelectual que culpaba a España de todos los males atribuidos a la herencia histórica. Hostilidad que en algunos países se agudizó al mediar el siglo por la absurda confrontación militar que se llamó la «guerra del Pacífico».

Sin embargo, en los últimos lustros del s. XIX la situación había comenzado a cambiar. No sólo se habían normalizado las relaciones diplomáticas y se había mantenido constante la acción misionera de las órdenes religiosas españolas en aquellos países, sino que el excedente demográfico español había acudi-

do a satisfacer la demanda de inmigrantes que las nuevas Repúblicas requerían para su expansión; y además un flujo de relaciones económicas abría algunas expectativas de futuro ventajosas para España y para los pueblos del otro lado del Atlántico. Esta situación está en la base de la fundación en 1884 de la llamada Unión Ibero-americana, entidad que había de tener larga vigencia hasta el primer tercio de nuestro siglo, y que desempeñó un papel relevante en la aproximación de España y de las repúblicas hispanoamericanas. Precisamente a la U.I.A., se debe la iniciativa de conmemorar el *IV Centenario del Descubrimiento*.

Por primera vez en 1892 España conmemoraba oficialmente el Descubrimiento de América como un acontecimiento histórico. (Cuando en 1992, a raíz del quinto centenario, alguien me preguntaba por los antecedentes conmemorativos en los siglos anteriores, yo les decía que sólo el cuarto centenario había sido objeto de una conmemoración histórica, porque en 1792 España, en el tercer centenario, seguía «descubriendo» América con los viajes y exploraciones llevados a cabo principalmente por nuestros marinos).

En los diferentes actos derivados del cuarto centenario ya alentaba una nueva relación de respeto y simpatía entre España y el mundo hispanoamericano. Pero fue después del Desastre del 98 cuando se produjo una inversión sentimental con relación a España. La U.I.A., convocó la celebración en noviembre del año 1900 de un congreso económico y social hispanoamericano que produjo una movilización social bastante amplia, con la participación de 1500 congresistas españoles, portugueses e hispanoamericanos aprovechando la coincidencia de la Exposición Universal de París de aquel año. La comisión organizadora, presidida por Rodríguez Sanpedro desplegó una actividad y un entusiasmo muy notables.

Las sesiones se celebraron en la Biblioteca Nacional. Incluso una «Comisión de prensa» procuró mantener la coordinación entre los periódicos de Madrid y de otras partes.

La réplica a este congreso la realizó Estados Unidos convocando en diciembre de ese año 1900 el Congreso Pan-americano en la ciudad de Méjico. El Pan-americanismo tenía por aque-

llos años como principal objetivo eclipsar la aparición de un hispanoamericanismo o un iberoamericanismo emocional que surgía después de la desaparición del Imperio residual español en 1898. La política norteamericana pretendía la hegemonía política en aquel continente, pero también la preponderancia comercial y la sumisión intelectual de los países del mundo iberoamericano. Por entonces los Estados Unidos hacían las primeras manifestaciones de su política de intervención directa en el Caribe.

El Congreso Económico y Social Iberoamericano de 1900 era un exponente del nuevo tono de las relaciones intelectuales entre los españoles e iberoamericanos, que emergían de lo que podía constituir un hispanoamericanismo de nuevo cuño. En la sesión inaugural hizo uso de la palabra en nombre de la representación hispanoamericana, el profesor mejicano Justo Sierra, hombre prestigioso y reacio a la penetración del pan-americanismo impulsado por los Estados Unidos en Méjico. En aquel discurso Justo Sierra subrayaba que «este acto ha sido posible precisamente después de la pérdida (por España) de sus últimas posesiones americanas».

Así, pues, la otra cara de la moneda del desastre era la corriente de simpatía que se despertó en aquellos países hacia una España humillada por el coloso del Norte, y el reconocimiento del potencial cultural de la herencia española en aquellos países para afianzar su propia identidad.

Segismundo Moret en el discurso de clausura de aquel Congreso hizo suyas las palabras que el mejicano Sierra había pronunciado en el discurso de apertura: «los representantes de las repúblicas hispanoamericanas no podían venir a España ni unirse a ella en esta aspiración común (hispanoamericana) y en este abrazo fraternal, mientras la antigua metrópoli estuviera en guerra con algún pueblo americano, porque el extraño contraste que hubiera resultado entre las aspiraciones de paz y los actos de lucha habrían quitado por completo su carácter a este acto y habrían sembrado la desconfianza entre los mismos que a él venían».

En las conclusiones del Congreso de Madrid de 1900 se formulaban algunas propuestas concretas: la creación de un tribu-

nal de arbitraje para resolver amistosa y pacíficamente los conflictos internos de aquellos países, que mantenía (y han seguido manteniendo en nuestros días) por cuestiones de límites fronterizos y otros motivos contenciosos. Se recomendaba la tendencia a la unificación del derecho civil. Se proponía la legislación que encauzara la emigración y la protección jurídica del emigrante. Se proponía la mejora de las comunicaciones y el establecimiento de un cable trasatlántico que uniera telegráficamente las dos orillas del Atlántico, así como se sugería la creación de un banco Interamericano.

Entre las conclusiones y recomendaciones de carácter cultural cabe subrayar la defensa y conservación de la lengua como patrimonio común y el reconocimiento de la autoridad de la Real Academia Española y de las Academias asociadas. La formalización de tratados sobre propiedad científica y literaria, y la celebración de exposiciones artísticas, así como la celebración de asambleas pedagógicas y la creación en España de un Instituto pedagógico hispanoamericano.

Lo mejor del Congreso, lo más significativo para la definitiva cancelación de la incomunicación en que habían vivido España y las repúblicas americanas de habla española en el siglo XIX, era la afirmación de las posibilidades de un «hispanoamericanismo», que desde el punto de vista español nada tenía que ver con la nostalgia del Imperio, y desde el punto de vista hispanoamericano podía servir de salvaguardia a la personalidad histórica de aquellos países.

Este es el momento y el clima en que desarrolla sus tareas como historiador Rafael Altamira, un profesor de la Universidad de Oviedo. Altamira había nacido en Alicante en 1866. Estaba, pues, en la madurez de su juventud. En la Universidad de Oviedo a finales de siglo se había reunido un grupo de profesores que dieron ejemplo de su ímpetu renovador y de gran competencia científica.

Altamira puede ser considerado como uno de los pioneros de la renovación metodológica de los estudios históricos en España, al proponer una ampliación del campo histórico a los distintos sectores de la actividad humana, para interpretar la variedad de factores culturales, sociales, económicos y políticos que

se engloban en una síntesis totalizadora del pasado histórico. Su concepto de la Historia lo resumía al afirmar que a ella le compete «*la unidad de la vida en el organismo social... Todo lo que no sea ofrecer al lector la impresión clara de la unidad de la vida, está en rigor fuera del nuevo concepto de la historia*». (Así lo decía en el ensayo que en 1891 había publicado sobre *La enseñanza de la Historia*)

Desde 1895 había dirigido, Altamira, la *Revista Crítica de Historia y Literatura española*, donde apuntaba ya al tema hispanoamericano y a la necesidad de incluir en los planes de estudios españoles la historia y la geografía de América; así como estar más al tanto del desarrollo historiográfico en las repúblicas americanas.

Altamira se sumó también a una tendencia intelectual muy en boga en aquel tiempo en Europa, que ensayaba interpretar la historia desde el análisis de la psicología colectiva de los pueblos. Precisamente en plena crisis de 1898 dio a conocer en Oviedo el primero de los ensayos que algunos años más tarde reunió en el libro *Psicología del pueblo español*, tema en que no dejaría de insistir a lo largo de toda su vida y que remató en su conocido libro *Los Elementos de la civilización y del carácter de los españoles*. La historia de un pueblo, dirá en una ocasión, «*no es más que su psicología en acción*». Precisamente en los trágicos acontecimientos bélicos del 98 le tocó pronunciar el discurso de inauguración del año académico en la Universidad de Oviedo, en la que disertó sobre *El patriotismo y la universidad*. En este discurso se refleja su amargura de aquella hora y se hace un llamamiento en pro de un patriotismo inteligente, capaz de superar las desgracias que entonces se abatían sobre España y que en aquel momento ahondaban el pesimismo de quienes se dejaban abatir por ellas.

Altamira no es un arquetipo de la generación del 98, pero es a partir de esa fecha cuando su actividad intelectual se proyectará con más fuerza, por la convicción de que para España se inicia un nuevo horizonte histórico en el que Hispanoamérica ha de ocupar una singular atracción. Este discurso fue reproducido en el volumen misceláneo que con el título de *Cuestiones hispanoamericanas* se publicó en 1900 precisamente a raíz

del Congreso celebrado en Madrid aquel año al que ya hemos aludido.

Rafael Altamira es un historiador que interroga al pasado español, que sugiere interrogaciones para la investigación o el análisis interpretativo. Por supuesto, renuncia a tener respuesta para todo, pero cree que la Historia ayuda a interpretar la psicología de los pueblos y, por tanto, a comprender su comportamiento colectivo, así como las posibles expectativas de futuro. Pero la gran pregunta que Altamira deja en el aire es si los componentes del modo de ser español constituyen algo esencial, y por tanto inmutable en cuanto a la perdurable existencia de tal pueblo, o si son algo mudable en circunstancias históricas diferentes. En la segunda edición de la *Psicología del pueblo español* entra en el tema, con cautela y distingos, para tratar de intuir lo que hay de permanente y de mudable, para convencerse de la capacidad que la educación tiene en la remodelación de las sociedades humanas. La cuestión se plantea en la posibilidad de que España, sin dejar de ser España y los españoles sin dejar de sentirse españoles, vislumbren horizontes históricos nuevos en n mundo por otra parte, cambiante. Pero esta respuesta excede a lo puramente histórico, y el historiador no tiene misiones proféticas. De ahí su vacilante interrogación cuando escribe: «¿de qué nos sirve realmente saber lo ocurrido hasta hoy en la vida española, si no tenemos la garantía, o la triste comprobación de que seguirá siendo como ha sido siempre, o que podrá cambiar lo único que nos interesa que cambie... esto es, los errores repetidos y los defectos?».

Sin embargo, un esperanzado optimismo parece apuntar cuando considera que los cambios sociales y culturales derivados de la nueva economía industrial vendrán «a influir hondamente en la concepción de algunos problemas... y nos impondrán su planteamiento en términos no sospechados hasta ahora, y en virtud de los cuales se resuelvan algunos de los defectos que padecemos o de los obstáculos con que hemos llegado a convertir en insolubles algunos de nuestros problemas nacionales».

Para los españoles constituye la historia «una angustia que llega a sangrar espiritualmente, con viveza de dolor y de congo-

ja... me duelen los problemas de este género, mi deber de historiador me obligan a mirarlos cara a cara...».

En la disociación espiritual de los españoles ante la historia lo que le duele, o sea el tema de las dos Españas que afloraba entonces en las interpretaciones históricas. Confiesa también alguna vez su preocupación por la disociación del concepto de «nación española» que apuntaba en el ánimo de los nacientes nacionalismos surgidos por entonces en algunas regiones españolas. Pero, dejando de lado ese tema, al enfrentarse con la historia cara a cara, Rafael Altamira llega al convencimiento de que el descubrimiento, conquista y colonización española en América es la aportación más grandiosa de los españoles a la Historia Universal; una historia que hay que rescatar sin alharacas patrioteras, sino con la serenidad que da la razón. No estaba solo. Desde comienzos del siglo XX se produce la revisión histórica sobre la América virreinal que realizan los más destacados historiadores de aquellos países: Icaza en Méjico, Riva Agüero en Perú, Ricardo Levene en Argentina, Barros Arana en Chile. En tan buena compañía Rafael Altamira se convierte en promotor en España de los estudios de historia de América, que con él alcanzan rango científico universitario.

Altamira entendía que a la fase emocional, reivindicativa y no exenta de cierta nostálgica soberbia, que había estado presente en la literatura histórica española sobre la conquista y colonización de América, debía seguir, de cara al siglo XX, el estudio disciplinado y científico del pasado histórico español en América. Así se incorpora esa corriente de estudios históricos al movimiento científico español que se generaliza a comienzos del siglo XX en todos los campos de actividades y disciplinas.

En uno de sus primeros libros, *España en América*, expresaba la fe de su americanismo: «nuestro verdadero porvenir está en América, con la ventaja de que no es ni será nunca un porvenir imperialista, sino un porvenir de honda cordialidad, de alto respeto para todos, de solidaridad en la parte de obra que toca cumplir a los pueblos hispanos en la empresa mundial de la civilización».

A la consagración definitiva a los estudios americanistas contribuyó en gran manera el viaje a América que realizó en 1909

y en 1910. En 1904 el profesor argentino doctor Cobo había lanzado la idea de una universidad hispanoamericana. Para Rafael Altamira estaba claro que esa Universidad no podía ser una improvisación voluntarista, pues sólo una universidad científicamente prestigiosa sería capaz de atraer a los estudiosos hispanoamericanos que entonces iban a las universidades francesas, alemanas o norteamericanas. La idea de la universidad hispanoamericana era un bello pero inalcanzable objetivo por el momento. Pero lo que quedó en pie de aquella idea fue la conveniencia de realizar viajes e intercambios de profesores. Un profesor cubano, Juan Miguel Dihigo había representado a la Universidad de La Habana en los actos conmemorativos del III Centenario de la Universidad de Oviedo, en 1908. Las relaciones Asturias-Cuba eran buenas, por la numerosa colonia asturiana en la isla. Digo sugirió algún viaje de contacto de algún profesor ovetense a La Habana. Así surgió el plan de viaje de Altamira por tierras americanas, calurosamente promovido por el Rector, Fermín Canellas.

La idea de estrechar las relaciones culturales por la vía universitaria serviría de base a la posibilidad de que formara una comunidad intelectual entre las élites españolas e hispanoamericanas. Varios periódicos, *El Imparcial* entre otros, arrojaron la idea y Rafael Altamira fue el primero de los españoles que iniciaba esta experiencia. Otro joven profesor del área de Extensión Universitaria, Francisco Alvarado, padre del que sería notable profesor de ciencias naturales, Salustio Alvarado, se sumó al viaje y colaboró con Altamira en aquella misión cultural. Una breve crónica de este viaje es el mejor testimonio de su importancia y significación. Altamira lo reflejó en un largo informe que se publicó en 1911 con el título *Mi viaje a América*, más de seiscientas páginas con gran acopio de documentos.

Después de la travesía desde Vigo el recorrido americano empezó en Buenos Aires. Dio en la universidad de La Plata un curso de tres meses de duración sobre metodología en la ciencia histórica y fue investido Doctor Honoris Causa. En el acto inaugural el vicerrector leyó un discurso escrito por el Rector que se iniciaba con estas palabras: «Empieza en este día para la universidad la realización de uno de los ideales más intensos

que alientan su joven existencia: la cooperación efectiva en sus tareas de la notable y experimentada ciencia europea, representada por un maestro ilustre, hijo y conductor de la nueva España, que viene a hablar a nuestros alumnos argentinos en el idioma familiar... En el campo aún no bien cultivado de las ciencias históricas, (que) les hará sentir al mismo tiempo, por la sola virtud del verbo, la emoción del alma antigua de la raza común».

El concepto de la raza como determinante histórico estaba en boga desde mediados del siglo XIX.

Pero la idea de la raza hispana no tenía para quienes manejaban esta expresión, un contenido étnico biológico, sino principalmente era la afirmación de un factor cultural, hasta identificar de algún modo raza y civilización. En este sentido se había expresado, pongo por caso, Segismundo Moret en el congreso de 1900 ya aludido, o el gran maestro Menéndez Pelayo. En todo caso, la afirmación de la raza española o hispanoamericana contenida un rechazo a las pretensiones de superioridad de la *raza anglosajona*, proclamada tanto por los británicos como por los enfáticos creyentes del «destino manifiesto» norteamericano. *La Salutación del optimista* de Rubén Darío («íncultas razas ubérrimas») es la mayor expresión poética de ese orgullo y de ese esperanzado futuro que alentaba en los comienzos del siglo XX. Más tarde, cuando se proyectó el viaje de Alfonso XIII a América, otro poeta americano, Amado Nervo, refirió lo que el rey encontraría allí: «pueblos de sangre diversa y mezclada que sienten, gozan y padecen en el mismo idioma, en las mismas costumbres, en las mismas creencias. Una misma civilización». Una misma «raza» en este estricto sentido.

El concepto de *Hispanidad* es mucho más tardío, elaborado por Zacarías Martínez Vizcarra y por Ramiro de Maeztu y por García Moret. Hoy está casi olvidado, por connotaciones políticas y, tal vez, por haberle dado cierto tono de petulante superioridad. Pero no me extrañaría que llegara a recuperarse intelectualmente, porque identifica lo esencial de una comunidad de pueblos que miran juntos al pasado y al futuro.

La idea de celebrar el 12 de octubre como Fiesta de la Raza fue propuesta poco después por la U.I.A., y secundada por va-

rias sociedades culturales españolas e iberoamericanas, idea que culminó en la formalización de esa fiesta en Bolivia, Colombia, Ecuador, Brasil y varios países centroamericanos. Y en 1916 se estableció precisamente en Argentina la celebración oficial del 12 de octubre como Fiesta de la Raza, cuando allí se decía que «Dios se había hecho argentino» y se aspiraba a desafiar en el futuro el creciente predominio de los Estados Unidos. Altamira más comedido, pensaba sólo en un equilibrio de la cultura de raíz española, sin desdeñar la norteamericana, cuya potencia económica sería determinante. No se trataba de buscar un enfrentamiento, sino de defender la singularidad para salvaguardar valores espirituales y morales propios de la herencia española.

En el acto de investidura en Buenos Aires como Doctor H.C. el rector, sin descuidar la retórica protocolaria de toda *laudatio* académica, subrayó la significación de aquel acto: la importancia de estrechar los vínculos personales en el mundo intelectual hispanoargentino «expresando el amor de esta patria nuestra —decía el rector— por su augusta y noble madre España».

Este clima de renovación intelectual en las relaciones hispanoamericanas alentó en todo el viaje de Altamira por las otras repúblicas. Su intervención en la Universidad Nacional de Montevideo tuvo un éxito resonante, que se refleja en algunos comentarios de prensa en los que se equiparaba el nombre de Altamira con el de otros destacados intelectuales europeos que habían visitado aquel país, como Anatole France o Guillermo Ferrero. En el periódico *El Día* se comentaba el talante y el mensaje de Altamira: «es un talante y el mensaje intelectual en toda la pureza del término. Altamira trasporta consigo su cátedra de Oviedo y hace de nuestras universidades y centros educativos su propia aula... en nombre de una alta fidelidad solitaria y altruista».

Algo por el estilo podríamos decir en Santiago de Chile, en Valparaíso, en Lima. En todas partes era investido como Doctor H.C. y en la histórica Universidad de San Marcos se le designó *Catedrático Ad Honores*. En Lima habló también en el instituto histórico peruano en el que propuso el trabajo en común de los investigadores españoles y peruanos sobre la época virreinal,

idea que señala el nuevo horizonte de la historiografía española e hispanoamericana, conjugando la utilización de las fuentes comunes, idea que alentaría más tarde en el Instituto de Estudios Históricos Hispanoamericanos de Sevilla.

En los dos largos meses que permaneció en Méjico prodigó sus intervenciones en academias y centros culturales, y se le designó catedrático de Historia del Derecho en la futura Universidad Nacional, entonces todavía en proyecto.

Era en aquella fecha Ministro de Instrucción Pública don Justo Sierra, de quien hemos mencionado su intervención en el congreso del año 1900 en Madrid, y que en carta a Segismundo Moret decía que «si los monjes misioneros españoles nos enseñaron en el siglo XVI cómo se funda una cultura, Altamira pretende enseñarnos cómo se remata (esa obra)... Otros Altamiras españoles es lo que necesitamos aquí».

Después de una breve escapada a Nueva York invitado por varias entidades culturales (y en donde el Sr. Huntington, presidente de la *Hispanic American Society* le condecoró con la Medalla de Plata), terminó su «viaje misionero» en Cuba.

Aunque el recuero del 98 estaba próximo, cuenta Altamira el caluroso recibimiento de que fue objeto: el Rector de la Universidad de La Habana, Dr. Berruel y el Dr. Dihigo, dieron calor humano a las protocolarias relaciones oficiales. A la ofrenda de flores que Altamira hizo ante la muralla en la que habían sido fusilados algunos estudiantes por las autoridades españolas, respondieron estos con otra ofrenda floral ante la tumba de un general español pariente de Altamira.

Cuando regresó a España manifestó Alfonso XIII deseos de entrevistarse con él. Era ministro de Instrucción Pública el conde de Romanotes que hizo las gestiones oportunas. Así, el 31 de Mayo de 1910 tuvo lugar la visita al rey, a quien entregó una «memoria» que contenía el boceto del nuevo hispanoamericanismo, sintetizado en una política cultural conjugada con la política económica. Creación de una biblioteca americanista y de centros especializados de estudios e investigaciones. Potenciación del archivo de Indias, tesoro documental común y en creación en Sevilla de un Instituto de Estudios Históricos Americano. «Hay que formar americanistas en España», decía. In-

tercambio de profesores y de estudiantes pensionado. Defensa del idioma y del libro (franquicias postales y aduaneras). Creía que el emigrante moderno constituiría un formidable potencial para revalorizar la presencia española en América y proponía por eso la creación de una «escuela de emigrantes».

En la universidad española no existía en 1910 ninguna cátedra de Historia de América ni de carácter especializado americanista. Alfonso XIII intervino personalmente para que se le asignase una cátedra en Madrid, y se creó para Altamira la de Historia de las instituciones Políticas y Civiles en América, asignatura optativa para el doctorado en las facultades de Derecho y de Filosofía y Letras. Poco después se le encargó también la cátedra de Historia Política Contemporánea de América en el Instituto Diplomático y Consular. Estas dos cátedras fueron la cuna del americanismo español del siglo XX; y todo el trabajo de Altamira en los años siguientes se reflejó en sus tres obras fundamentales: *España y el programa americanista*, *La política de España en América* y *La huella de España en América*.

El americanismo de Rafael Altamira no tenía nada de nostálgico. En Hispanoamérica se había planteado el contraste de la evolución del mundo anglosajón y del mundo hispánico, y aspiraba a contrarrestar los efectos negativos de esa contraposición; y a contrarrestar también la invasión cultural de otros países europeos, además de las presiones del panamericanismo de los Estados Unidos.

Por eso nos dejó una lección imperecedera. No había que vivir de nostalgias ni empantanarse en inútiles polémicas. El siglo XX traía un nuevo quehacer, una respuesta realista de posibilidades para restablecer la conciencia nacional herida y la moral social maltrecha. Este había sido ya el sentido de su discurso en Oviedo el 1 de Octubre de 1898. Este fue el sentido de su obra a lo largo de su vida.